

REPUBLICA DE COLOMBIA

---

# ASUNTOS DE PANAMA

---

OPINIONES

DE

PEDRO VÉLEZ R.

---

Bogotá, Septiembre de 1909



BOGOTA

IMPRESA ELÉCTRICA, 168, CALLE 10  
Teléfono 769

REPUBLICA DE COLOMBIA

---

# ASUNTOS DE PANAMA

—•••—  
OPINIONES

DE

PEDRO VÉLEZ R.

~~~~~

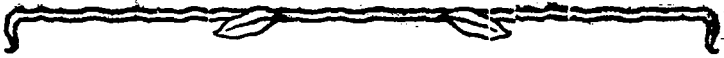
Bogotá, Septiembre de 1909



BOGOTA

IMPRESA ELÉCTRICA, 168, CALLE 10

Teléfono 769



## EXPLICACION

Me había propuesto guardar silencio tanto en lo relativo á la nuevamente palpitante cuestión de Panamá, como sobre los incidentes relacionados con las sesiones de la última Asamblea. Varios amigos míos, entre ellos algunos muy apreciados, con quienes me ligan estrechos lazos de cariño y de política, se han extrañado de mi silencio, y me han censurado lo que á primera vista parece indiferencia por asuntos de interés vital para el país. Creo de mi deber, y esta consideración sola me obliga á romper mi silencio, darles la satisfacción que me exigen, y lo hago en la forma siguiente: reproduzco en este folleto varias cartas que escribí y publiqué antes y á raíz de la separación de Panamá. Quizás ellas demuestren que fui de los pocos que alzaron la voz en aquel trance doloroso para la República, pero quizás merecido como castigo, por los desaciertos de todos.

En otro folleto publicaré documentos recientes que probarán á mis amigos que mi silencio no ha sido sino encogimiento; que he hecho una labor más eficaz que algunos discursos pronunciados en una Asamblea que altas autoridades políticas desautori-za-

ban y contribuían á desautorizar. Y lo haré, forzado por las circunstancias que dejo expuestas, venciendo mi repugnancia á ocupar la atención del público, y mi resistencia, hasta hoy invencible, á todo acto que me atraiga notoriedad. Siempre he cedido el paso á los que tienen esa noble ambición; y me he contentado con aplaudirlos desde el banco de los espectadores.

**Pedro Vélez R.**

Bogotá, 4 de Julio de 1909.

---



## COSAS NUEVAS QUE PARECEN VIEJAS

EL TRATADO HERRÁN-HAY—DATOS DESCONOCIDOS  
CARTA IMPORTANTE

Cartagena., Octubre 12 de 1903

Sr. Director de *El Porvenir*

El estado de mi salud no me ha permitido corresponder antes al deseo, manifestado por usted, de conocer mi opinión sobre la palpitante cuestión del Canal de Panamá.

He sido siempre, por instinto, enemigo de la notoriedad; esta especie de idiosincrasia podría explicar muchos actos de mi vida á una consideración benévola; pero yo sí sé decir y me atrevo á decir las cosas claras cuando las circunstancias lo exigen.

Expreso he deseado que estas manifestaciones no vieran la luz pública en su número del domingo. Podrían quejarse los lectores de su popular periódico si cambiara la amena lectura á que están acostumbrados, por estas ligeras impresiones sobre asunto tan agotado como el Tratado Herrán-Hay. Sobre usted, que me obliga á escribir, caigan, pues, los bostezos de sus lectores.

Me llevaron á Nueva York asuntos particulares. No sé por qué me buscaron algunos *reporters* de los principales periódicos de aquella metrópoli. Quise excusar toda conversación que diera lugar á publicaciones sobre mi persona, pero no fue posible. A los pocos días, tres ó cuatro periódicos publicaron una ligera entrevista, y esto dio lugar á una serie incomprensible de artículos y sueltos, que removió la opinión, permitiéndome así, de una manera in-

esperada, conocer y calar la opinión predominante en el país, sobre tan importante asunto.

Fui á Wáshington y Boston.

En la primera ciudad conferencié largamente con el Dr. Tomás Herrán, nuestro Chargé d'Affaires y Signatario del Tratado. En la segunda sondeé la opinión de la parte más americana de los Estados Unidos. En Nueva York hablé con muchas personas de toda clase de posiciones, rango y profesiones. He leído atentamente todo lo que se ha publicado en los Estados Unidos sobre el particular. ¿ Desea usted saber mi impresión ?

Una profunda tristeza.

Vengo cargado con el peso de nuestro atraso, de nuestro desgredo y de nuestra insignificancia. De Colombia se habla como de la última de las naciones (nunca delante de mí). No tenemos servicio diplomático, ni consular, ni se siente fuéra nuestra administración. Se cree que somos un pueblo semibárbaro, y que no tenemos siquiera el derecho de disponer de nuestro territorio. Sobre nuestra última revolución no saben sino las noticias que han esparcido los revolucionarios, y ante el mundo aparecemos como una horda de salvajes, chorreando sangre, marchando en procesión sombría, encabezada por frailes y verdugos. Es posible que mis impresiones sean exageradas ; pero han pasado los días de viaje ; han pasado días después de mi llegada, y todavía hoy se me escapan estas frases por la punta de la pluma.

Debo manifestar que en lo general la prensa americana ha sido benévola conmigo, y que, con pocas excepciones, todas las personas con quienes he hablado se han manifestado convencidas de los derechos de Colombia á aspirar á más de lo que se le da por el Tratado Herrán-Hay ; pero esto tiene la importancia de una gota de agua en el Océano.

Al llegar á Colón el 18 de Agosto, supe desde la horda del vapor que el Tratado había sido negado unánimemen-

te por nuestro Senado. Calor de sangre de los conquistadores corrió por mis venas en esos momentos; me sentí ciudadano de un país libre, y se dulcificaron en mi alma muchas secretas amarguras. Hemos cometido una imprudencia, pero hemos demostrado más valor, independencia y dignidad, que naciones poderosas en circunstancias semejantes. ¡Estoy orgulloso de mi patria!

Cuando salté de aquí, á mediados de Junio, mis ideas no se habían fijado. El Tratado podía ser bueno ó malo; debía aprobarse ó improbarse, según las consecuencias que pudiera traer para el país. Hoy lo que sé es lo siguiente:

En los Estados Unidos ha habido dos corrientes poderosas de opinión: una que desea un Canal por Nicaragua, y otra que no desea ningún Canal absolutamente.

Forman la segunda los grandes intereses de las empresas ferrocarrileras y algunas regiones del Oeste; forman la primera la inmensa mayoría del país, que está acostumbrada á oír hablar exclusivamente de aquella ruta; parte apasionada por el espíritu de imperialismo y engrandecimiento que se ha desarrollado después de la guerra con España, y parte que sigue esa corriente por apatía, por disciplina ó por temor de aparecer menos patriota. Opinan por Panamá los que han estudiado el asunto y han comprendido las ventajas de esta vía; la parte más capaz y de miras más extensas, pero en abrumada minoría.

Las dos Cámaras americanas, principalmente la de Representantes (Diputados), han pasado, de año en año, varias resoluciones para la construcción de un Canal por el Lago de Nicaragua; pero nunca se llegó á las dos resoluciones de las dos Cámaras en la misma Legislatura que les hubiera dado forma y fuerza de ley.

La Ley Spooner, que dispuso tratar con Colombia, para hacer el Canal por Panamá, con preferencia á la vía de Nicaragua, se obtuvo de esta manera: La Cámara pasó un proyecto de ley en el mismo sentido de otras veces, es decir, autorizando al Gobierno Americano para abrir un Canal por la vía de Nicaragua. El proyecto fue al Senado:

en éste, lucharon de una manera ardiente, constante y eficaz, los pocos partidarios de la vía de Panamá, y lograron convencer á muchos Senadores influyentes de las ventajas de la vía. El Senado modificó el proyecto en el sentido de la Ley Spooner; volvió á la Cámara; ésta se opuso y quiso que su primitivo proyecto tuviera fuerza de Ley. Se acercaba el término de las sesiones, y si las dos Cámaras no llegaban á un acuerdo, iba á suceder lo que había sucedido muchas veces: que no habría ley sobre Canal. Ahora, el proyecto del Senado americano disponía tratar con Colombia de preferencia, y si no se obtenían de nuestro país condiciones convenientes, proceder en seguida á tratar con Nicaragua.

El argumento principal que hizo ceder á la Cámara, fue el de que con nosotros sería imposible llegar á un acuerdo razonable, de manera que en el fondo la Ley Spooner satisfacía platónicamente el sentimiento del Senado en favor de Panamá, pero en definitiva no tendría otro resultado práctico que dar fuerza de ley al sentimiento favorable á Nicaragua, por medio de la transacción propuesta, que, aceptada por la Cámara, fue la Ley Spooner.

De nuestro lado había intereses de grande importancia política y financiera: los de la Compañía Francesa del Canal de Panamá. Esta Empresa tuvo la habilidad de nombrar Apoderado y Representante en los Estados Unidos al notable abogado americano Mr. William Nelson Cromwell. Este sujeto influyente, orador, rico, con inmensa reputación en su profesión, hizo una propaganda activa y hábil por la Prensa, en conferencias, en conversaciones, y resucitó un cadáver: la vía de Panamá. El logró convencer á la parte más intelectual del Congreso Americano y llevó la luz de la verdad y de la conveniencia nacional hasta los últimos rincones de la Casa Blanca. ¡ Si Mr. Cromwell viniera á este país á hacer propaganda en favor del Tratado Herrán-Hay, nos convencería á todos, como estuvo á punto de convencerme á mí!



Después de hablar con el Dr. Herrán en Wáshington, me convencí hasta donde cabe convencimiento en lo humano, de que en el Tratado no había ningún pacto secreto, ni promesa del Gobierno de hacerlo aceptar por el Congreso, ni imposición ninguna proveniente de necesidades, consecuencias de la revolución. Fue un Tratado limpio, acordado en circunstancias difíciles, y por el cual no se le debe hacer ningún cargo al Gobierno. Yo he visto los cables de autorizaciones, como vi el cable en que el Sr. Marroquín mandaba al Sr. Herrán no firmar el Tratado y esperar nuevas instrucciones escritas de Bogotá. Ya Herrán lo había firmado cuando llegó el último cable, según me manifestó en Wáshington. En mi opinión, todo lo demás que se diga sobre esto es pura leyenda.

Desea usted saber mi opinión sobre el Tratado. Después de la opinión expresada por el Senado de la República en una votación unánime, no nos toca sino aceptar la resolución de aquella respetabilísima Corporación y respaldarla cada uno en su esfera. Lo primero, lo esencial en estos casos, es aparecer unidos ante el Exterior, que nos observa. Un pueblo compacto por el patriotismo puede hacer impunemente muchas cosas, que dividido no podría hacer sin exponerse á grandes peligros. Unidos seremos invencibles; divididos, seremos el juguete de la fuerza y de los acontecimientos.

La Prensa americana en lo general, nos ha tratado de una manera indecorosa. Es increíble el tono usado por muchos periódicos al tratar el asunto Canal. Lo atribuyo en gran parte al hecho de ser adversos á la vía de Panamá. Esta actitud de la Prensa produjo en mí una animadversión contra todo trato con un país que se manifestaba tan insultante y despreciativo hacia Colombia. Para poner la última gota que hiciera derramar el vaso, *The Times* de Wáshington publicó un artículo diciendo que se sabía que mi misión á aquella capital tenía por objeto averiguar si el Gobierno de los Estados Unidos tendría alguna inter-

vención en la manera como Colombia dispondría de los millones que debía recibir de aquel Gobierno; y que habiendo manifestado éste que no se mezclaría en esos asuntos, volvía yo á Bogotá á apresurar la aprobación del Tratado, y repartirnos (*ast*), los de la *Camarilla del Gobierno*, los millones en cuestión.

Cuando vi esto en *The Herald* de Nueva York, dirigí un telegrama al Dr. Herrán, suplicándole averiguar, en la forma que fuese conveniente, quién había dado tal informe al *Times* de Wáshington.—Silencio.—Le dirigí un telegrama renovando mi súplica y avisándole que intentaba demandar á aquel periódico por libelo, ó sea entre nosotros calumnia. Me contestó que sus esfuerzos para averiguar el origen de la calumnia habían sido vanos; que había hecho en varias conferencias rectificaciones sobre el particular; que se figuraba que yo habría salido ya de los Estados Unidos.

Le contesté por telégrafo: “Supongo que ninguna de las rectificaciones de que usted me habla, han sido publicadas, pues no he visto ninguna en los periódicos. Entablaré juicio.” Y como á los dos ó tres días salía yo de Nueva York, le escribí una carta en que le manifestaba claramente mi descontento por el poco interés que había desplegado en el asunto, diciéndole lo extraño que me era que *The Times*, con cuyo *repórter*, que se ocupaba en estos asuntos, tuve una larga conferencia delante de él, publicara cosa tan grave y tan ofensiva para el país sin que él lo supiera, y terminaba diciéndole: “Dr. Herrán: Yo no tengo ningún derecho especial á las consideraciones de usted; pero es preciso que usted se fije en que la versión calumniosa de *The Times* me ofende á mí en primer lugar; pero no á mí solamente, después al Gobierno de nuestro país, que supone compuesto de una camarilla de pícaros y ladrones; y después, principalmente á usted, que ha sido tantos años empleado y representante de ese Gobierno corrompido. Nosotros hablamos con frecuencia mucho malo

de nuestro país, de nuestro Gobierno, y quizás esto es lo que hace que se vea sin impresión especies calumniosas como la de *The Times*; pero este modo de ser es lo que hace que se nos trate con el desprecio y la ironía que acostumbran; es lo que acabará con el patriotismo y llegará á comprometer hasta nuestra existencia como Nación independiente.”

Después de este telegrama y de esta carta no he sabido nada del Dr. Herrán, excepto que al saberse en Washington la negativa del Tratado, dijo á un *reporter* de periódico que la separación de Panamá la creía posible, sólo que no consideraba á los panameños suficientemente preparados por el momento.

Yo dejé instrucciones á un abogado de Nueva York, para entablar el juicio de libelo, pero los incidentes relacionados con este asunto no merecen la atención de sus lectores.

Relato lo anterior, á pesar de su insignificancia, porque puede dar luz para juzgar de cosas más importantes.

Yo soy contrario al Tratado en la forma y las circunstancias presentes, pero no por el Tratado mismo. Si yo hubiera encontrado en el pueblo y en el Gobierno americano sentimientos de amistad, de cordialidad, siquiera de agradecimiento hacia Colombia, yo sería partidario del Tratado sin cambiarle más que alguna limitación á la servidumbre impuesta sobre nuestras islas del Pacífico; devolver al Istmo la isla de Manzanillo, y alguna otra variación de poca importancia. Pediría mayor suma inicial ó mayor renta, y nada más.

Si se lograra llegar á una inteligencia cordial con los Estados Unidos sobre algunos de nuestros graves asuntos de fronteras; y que convencidos de nuestros derechos, nos prestaran su decidido apoyo, yo aprobaría el Tratado Herrán-Hay sin modificación alguna, y estoy seguro de vencer al más reacio de la conveniencia nacional de aprobarlo tal como se firmó.

Sin esos antecedentes, sin esos requisitos, nó. Quedémonos sin Canal, y corramos unidos las consecuencias de nuestro atrevimiento.

Pero para esto es necesario hacer lo que indiqué desde el 6 de Julio próximo pasado, desde Nueva York, y lo que escribía al Sr. Marroquín el 20 del mismo mes. Tener en el Istmo de 4 á 5,000 hombres ocupando todas las posiciones estratégicas de aquella faja de terreno. Bien organizados, bien vestidos y bien pagos. Instalarlos en campamentos higiénicos, con todos los requisitos que exigen la aglomeración de hombres para evitar enfermedades y epidemias, tan frecuentes en nuestros climas; tener preparada y lista para todo evento nuestra escuadra del Atlántico y Pacífico con provisión abundante de carbón y de todos los elementos necesarios; tropas acantonadas en Bolívar, que al mismo tiempo que sean garantía para la paz interior, puedan ponerse en Panamá en 24 horas, y un jefe en el Istmo que tenga las condiciones necesarias para tomar las determinaciones que las circunstancias exijan, cuando no haya tiempo de esperar instrucciones de Bogotá.

Estamos al borde de un abismo. El horizonte de la República se entenebrece por todas partes. Nunca ha necesitado un pueblo de más inteligencia, actividad, valor y patriotismo en sus conductores, que Colombia en la hora presente. Decir más, sería rayar en la imprudencia. Yo he hecho todo lo que he podido hacer; pero no ha estado á mi alcance llevar á la práctica mi pensamiento:

¿Qué me resta hacer? Ser de los primeros cuando llegue la hora de los sacrificios, y así lo haré. No se puede por ningún motivo renegar de la Patria.

Soy de usted, Sr. Director, muy atento, seguro servidor y amigo,

PEDRO VÉLEZ R.”

NOTA—La presente carta no había sido enviada por varios motivos personales. Las noticias del Istmo, llegadas

últimamente, me obligan á romper el silencio. Considero de poca importancia lo de Penonomé, y nada grave ocurrirá mientras no se reúna el Congreso americano. Este ha sido un aviso providencial, que es de esperarse nos haga despertar del sueño suicida en que estamos sumergidos. Desgraciadamente es difícil reponer el tiempo perdido.

P. V. R.”

(*El Porvenir*, número 2,043 de 8 de Noviembre de 1903)

---

## La gran desgracia

Cartagena, Noviembre 8 de 1903

Sr. Director de *El Porvenir*.

La pluma tiembla en mi mano al volver á dirigirme á usted sobre los asuntos relacionados con el Canal de Panamá. La gran desgracia, el desastre, la tempestad que amenazaba desde hace meses, ha descargado al fin sobre la cabeza de la República.

Panamá se ha declarado República independiente, porque no ha habido en el Istmo un puñado de hombres de honor que supiera cumplir con su deber. Esta solución del tenebroso problema que yo temía con un temor que tantas noches de sueño me robó en los Estados Unidos y aquí, no por lo esperada me ha impresionado menos dolorosamente. La idea de la Patria debe haberse debilitado mucho entre nosotros, cuando por un asunto comercial, fácil de arreglar, se desgarran de ese modo el territorio y la bandera nacional. Es baldío en estos momentos entrar en recriminaciones. Hechos, hechos, es lo que se necesita, y debemos esperar que las autoridades y la República en masa, sabrán y podrán hacer volver al camino del deber á aquellos hermanos extraviados. En casos de esta clase es que un país debe agotar todos sus recursos y derramar toda su sangre.

Hay momentos en que siento un escozor amarguísimo en mi espíritu; aquellos en que dudo si yo he hecho todo lo que ha estado á mi alcance para evitar aquella vergüenza; y este sentimiento es tan fuerte en mí, que me arrastra invenciblemente á hacer esta especie de examen de conciencia.

Mi carta de 6 de Julio era dirigida á mi hermano, General Luis Vélez R., entonces Gobernador de Bolívar y hombre de toda confianza para el Gobierno. El día 20 del mismo mes dirigía la Gobernación el siguiente telegrama al Excmo. Sr. Vicepresidente de la República, Ministros de Relaciones Exteriores y de Guerra, y al Dr. Joaquín F. Vélez, Presidente del Senado:

“Vicepresidente, Ministro Relaciones Exteriores y de Guerra, Dr. Joaquín F. Vélez, Senador Bolívar—Bogotá.

Dr. Pedro Vélez R., actualmente Estados Unidos, en carta 6 de Julio, dice en síntesis:

“Aquí se miran con mucha desconfianza situación nuestro país; creen algunos que si se niega Tratado, Gobierno americano tomará posesión trabajos por la fuerza; otros, se fomentará revolución Panamá y le reconocerá independencia; aseguran periodistas vino Diputación Panamá entenderse con Gobierno Wáshington para inquirir si los apoyarían al alzarse por independencia; que aquel Gobierno consultó á Europa si Gobiernos tendrían que objetar caso reconocer independencia y negociar excavación Canal al día siguiente, proclamada ésta, y que contestación fue favorable; que considera urgente envío y permanencia fuerzas suficientes en principales poblaciones Panamá reprimir cualquier alzamiento y tener bastante de refuerzo en Bolívar para no llamar atención. Gobierno americano no piensa absolutamente vía Nicaragua. Seguía Wáshington. Considero deber dar cuenta al Gobierno.

Gobernador,

LUIS VÉLEZ R.”

A su paso por esta ciudad, el Sr. José Domingo Obaldía, que iba con el carácter de Gobernador de Panamá, á tomar posesión de su puesto, me dijo en una corta visita que me hizo que este telegrama había sido leído en el Senado en sesión secreta, y me dio á entender que se habían considerado ridículos mis temores, y el envío de fuerzas al Istmo, porque cuatro ó cinco mil hombres no eran los que podían resistir á los americanos en caso de un conflicto con ellos. Le contesté que eso era discutible aun tratándose de los americanos; que había mucha diferencia en ocupar una casa vacía á ocuparla teniendo que derramar sangre; que además el peligro no estaba de ese lado; y que la fuerza pedida por mí nos respaldaría por lo menos contra cualquiera intentona separatista ó de filibusteros, que era muy posible que producirían disturbios en el Istmo, que darían ocasión á la intervención americana, con apariencias justificativas. Le dije que en los Estados Unidos la prensa había esparcido la noticia de que en el Istmo no habían más que cien hombres, y que esto era por sí solo un incentivo para tantos aventureros como pululan en tierra firme y en las islas. A su protesta contra la idea de que en el Istmo trataran de separarse, le contesté con el testimonio de Arturo Villarreal, allí presente y recién llegado de aquella región. Esta conversación me tranquilizó mucho y me quedé en la duda de si realmente, contra mi modo de ser, yo había sido víctima de terrores pueriles.

Mi carta para el Sr. Marroquín fue un desbordamiento de patriotismo, y de cariño y de súplica en pro de los intereses nacionales que yo consideraba seriamente comprometidos. Un hijo á un padre, un hermano ó un hermano querido, no es más expresivo al tratar el asunto más grave de familia, que lo fui yo.

Acompañé á esa carta y envié, en diversas ocasiones, muchos recortes de periódicos que indicaban la actitud del pueblo americano sobre aquel gravísimo negociado. De Washington, y por conducto de D. Tomás Herrán, le diri-

gí un cable al Sr. Marroquín, poniéndome á sus órdenes de la manera más desinteresada. Apenas desembarcado en Colón el 18 de Agosto, dirigí un cable al Sr. Marroquín, al General Reyes, al General Joaquín F. Vélez, mi tío, avisándoles mi llegada, preguntando cuál sería la duración probable del Congreso, y si mi asistencia á éste podría ser de alguna utilidad. Silencio absoluto, á pesar de que estuve en el Istmo cinco días. Y esto lo hice resuelto á todo, aunque llegué aquí enfermo, baldado y absolutamente incapacitado para emprender viaje para ninguna parte.

Con el atraso acostumbrado en nuestras líneas telegráficas, recibí la contestación favorable del Dr. Vélez; del General Reyes recibí hace pocos días una carta ya tardía, aunque llena del espíritu de cordialidad y cariño que siempre ha presidido en mis relaciones con aquel distinguido Jefe. Del Sr. Marroquín no he recibido aún ni carta, ni telegrama ni recado verbal.

Al llegar ya aquí corría la noticia, de boca en boca, de que bajaba el General Perdomo con cinco mil hombres para el Istmo, trayendo de Jefe de Estado Mayor al General Benjamín Herrera. Días después me avisaron que ya habían pasado por Calamar los primeros batallones.

Tengo con Obaldía las relaciones más cordiales de amistad desde 1885, en que la ola revolucionaria me hizo ir al Istmo á servir al Gobierno. Lo consideraba como de lo más decente y distinguido entre los panameños; al saber su nombramiento, consideré, como era natural, que el Gobierno estaría seguro de su decidido concurso en toda

---

Ejército pedido por mí," y dejé de pensar, como á mi llegada aquí, de que el Istmo estaba en manos de un oficial obscuro, expuesto á todas las tentaciones de las riquezas y de la ambición.



Una intervención brusca de los americanos no era de temerse antes de la reunión del Congreso, que entendía tendría lugar en el mes de Diciembre; porque aunque convocado á sesiones extraordinarias para el mes de Noviembre, lo ha sido sólo para conocer de los Tratados con Cuba. A un íntimo amigo mío le dije: “El Gobierno tendrá que convocar al Congreso á sesiones extraordinarias para el mes de Diciembre, y esta vez iré de los primeros. Allí se decidirá la suerte de la República.”

Y no era de temerse un asalto brusco de parte de los americanos, porque la opinión de los Estados Unidos no favorece á la vía de Panamá; porque en la Cámara hay una inmensa mayoría en favor de Nicaragua, y el mismo Senado, en donde tuvo su origen la ley Spooner, dispuso que si el Gobierno americano no conseguía condiciones aceptables de parte de Colombia, procediera inmediatamente á negociar con Nicaragua, sobre bases que le determinó y que aquel país estaba resuelto á aceptar cualesquiera que fuesen.

Es cierto que el Presidente Roosevelt y su Gabinete están firmemente convencidos de la superioridad y ventajas de Panamá sobre Nicaragua: es cierto que en beneficio de su país están resueltos á hacer todo esfuerzo en favor de Panamá antes de dirigirse á Nicaragua; pero también es cierto que Roosevelt aspira á la Presidencia de la República en las elecciones del año entrante, y que tiene que ser deferente con la opinión pública, que en aquel país se hace sentir de una manera omnipotente, y la opinión pública que no favorece la vía de Panamá no lo acompañaría en un atropello contra nosotros; el poco conocimiento de las ventajas de nuestra vía venía á ser el mejor resguardo de nuestros derechos.

La actitud de nuestro Senado ha sido atrevida y heroica. Si, como lo creo, ha sido causada por la lectura de los imprudentes telegramas dirigidos por la Cancillería de Washington, telegramas conminatorios y depresivos, ha hecho bien, aunque ha cometido un acto de imprudencia

sin precedentes en los anales modernos, tratándose de un país tan ensoberbecido y mimado como los Estados Unidos. Desgraciadamente se quedó todo á medio camino. Si no buscamos un rompimiento con aquella República, ha debido expedirse en seguida una ley de autorización al Gobierno, ley que ha debido copiar el Tratado Herrán-Hay, salvo las modificaciones que el Congreso juzgara indispensables.

Mientras tanto, el Gobierno ha debido poner mucho aceite en la máquina; enviar una Legación completa y respetabilísima á Wáshington, y dulcificar con todos los recursos de la diplomacia, la herida abierta en el orgullo de aquella Nación ensimismada. Y mientras tanto, cubrir el Istmo de bayonetas y cañones y mandar allí á quien supiera dirigirlos siempre por el camino del honor. ¡Ay! ¿Habremos hecho algo de esto?

Y no hablo después del rayo caído. Esto ha sido el tema constante de mis conversaciones desde mi regreso de Nueva York. Pero yo encontraba que nadie ó muy pocos padeciesen mis inquietudes, y yo me preguntaba si no tendrían los demás razón contra mí. ¡Cuánto diera por no haberme equivocado!

Será posible que haya sucedido pura y simplemente que nuestro Senado se haya quedado como el Senado Romano, majestuoso y soberbio, bajo la cuchilla del invasor? Desgraciadamente aquí el cuello que pelagra es el cuello de la Patria.

El 20 de Julio tuve una entrevista con Mr. Cromwell, que duró más de tres horas. Tuve después varias otras. En esa á que me refiero oí la defensa del Tratado Herrán-Hay, en el inglés más puro, armonioso y elocuente que puede darse. Un humilde hijo de estas comarcas, desconocidas del mundo, fue durante largas horas el único auditorio de un orador maravilloso, cuyos minutos valen millares de dólares, y que habló con la misma grandilocuencia y elevación que lo hubiera hecho en una Cámara americana. Después de explicarme los motivos, origen

é historia de cada uno de los artículos del Tratado, que sería largo referir, se elevó á un grado de exaltación verdaderamente sublime. “Fíjese usted, señor: es la hermana mayor que tiende la mano á su hermana apenas en la infancia, y le dice: “Vén, apóyate en mi brazo; las circunstancias me han hecho grande y poderosa, pero tú tienes un bien heredado de tus mayores; ponte á mi lado y juntas llevemos á cabo la obra más grande que han contemplado los siglos; en adelante mi brazo te defenderá, y mi escudo será tu protección contra todos los que te ataquen. Yo te ayudaré á levantar, tú que desfalleces en el camino, y con mi apoyo seguirás subiendo la penosa cuesta. Después, tú llegarás á ser grande.”

Yo me entusiasmaba y tendía las manos á aquel hombre que abría ante mi vista, con la varilla mágica de su elocuencia, horizontes nuevos, desconocidos, brillantes para nuestra Patria, esta Patria que se quiere con el cariño doloroso con que se quiere al infeliz y al ingrato.

Mr. Cromwell, según versión de unos, gana el 5 por 100 sobre el precio de la Compañía de Panamá; según otros, el 10 por 100; total, dos ó cuatro millones de dólares. Con razón me decía: “Nadie más interesado que yo en que ese tratado se apruebe. Todas las condiciones ventajosas para su país son obra mía;” á una sonrisa mía, que no pude contener, me replicó: “No porque yo estuviera encargado de defender á su país, sino porque los intereses que yo defendía y los de ustedes, iban de acuerdo. Yo necesitaba arreglar un tratado que pudiera ser aprobado por nuestro Senado, y aprobado por su país de usted. Mis sentimientos de americano se revolvían á veces al tratar de mermar las ventajas y dominio que mi país exigía, y usted, señor, usted no lo hubiera hecho: usted tiene un patriotismo más exaltado que el mío.”

En la conferencia del 20 de Julio, de la cual salí para comunicar al Sr. Marroquín mis temores, me habló de los cables comunicatorios puestos por Mr. Hay al Ministro americano en Bogotá, y le dije estas palabras textuales:

“Mr. Cromwell, si esos cables llegan á conocimiento del Congreso de Colombia, tenga usted por seguro que el Tratado será negado unánimemente, ó el Congreso no se compone de colombianos, ó se acabaron los hombres en Colombia.”

Este señor, inteligente, millonario, extensamente relacionado en el país: hombre de tanto atractivo por su ilustración y elocuencia, que me inspiró la más viva simpatía desde el primer momento en que lo conocí, interesado como nadie en que se aprobara el Tratado Herrán-Hay, fue el conductor de que me valí para averiguar qué modificaciones serían aceptables para el Gobierno americano. Sus gestiones no tuvieron resultado, y es preciso convenir en que ningunas otras podían haber sido más eficaces.

No quedaba, pues, otro camino que aprobar el Tratado tal como estaba, ó exponernos á no tener Canal por Panamá. A las manifestaciones de Mr. Cromwell, que dejó relatadas, le contesté: “Si lo que usted me dice fuera el sentimiento del pueblo de los Estados Unidos, Colombia aceptaría el Tratado tal como está y llevaría más lejos sus concesiones; ¿por qué la Prensa no opina como usted? Ahí están los periódicos (y cité un número enorme), vea usted lo que dicen. Nos tratan como un vecino pobre, á quien se le ofrece un puñado de oro por su bien más valioso, y se le amenaza si no acepta. ¿Puede haber cordialidad, confianza, generosidad, en un asunto que ustedes han colocado bajo el reducido punto de vista de una transacción comercial?”

“Ah! —me dijo— usted, desgraciadamente, está recojiendo el amargo fruto de las vacilaciones de sus legaciones y de su Gobierno. Usted tiene razón; pero su país tiene la culpa.”

Aquellas palabras cayeron sobre mí como un Himalaya.

Y para que usted conozca el alcance de lo que hemos hecho, le diré que al despedirme de él, por cierto de la manera más cordial y entre repetidas frases de la más

amistosa benevolencia hacia mí, me dijo: “Señor, yo no sé si le he convencido á usted; no deseo saberlo; sólo sé que, cualesquiera que sean sus impresiones, usted votará por el Tratado, una vez que éntre al Congreso, y aprobando ese Tratado le habrá usted hecho á su país el servicio más grande que se le ha hecho después de la independencia.” Esto me dejó pensativo. De ahí mi alegría cuando supe en Colón que el Senado lo había negado unánimemente.

Si hubiéramos tenido dos mil hombres siquiera en el Istmo y tres mil en Bolívar, listos para marchar á la primera señal; y aun sin mandar un hombre más de los que había en el Istmo; si el *Batallón Colombia* hubiera sido leal á sus banderas y á su país; si el General Tobar no hubiera ido solo á Panamá; si hubiera habido un Jefe de honor militar en Colón, ¿la situación sería la misma?

El patriotismo impone todavía un penoso silencio antes de ver desvanecidas las últimas esperanzas; pero hay que evitar á todo trance que el Gobierno americano pueda presentar á sus electores un pedazo de nuestro territorio como trofeo suculento, sin que le haya costado una sola gota de sangre.

Si los hechos realizados han de ser definitivos, la Ley de la Justicia no faltará, y el tacón del orgullo americano será el ejecutor de la venganza nacional contra los colombianos desleales que han destrozado el suelo de la Patria. La fábula de las ranas se repetirá una vez más, y entonces será tarde para llorar sobre un crimen insensato cometido sin razón y sin resultados, porque nunca hay razón contra la Patria.

Y voy más lejos, Sr. Director: mi patriotismo, exaltado por el dolor y la indignación, sondea el porvenir, y me atrevo á predecir que el Canal de Panamá no se abrirá; que esta empresa, manchada primero por la corrupción que pudrió la intentona de la Compañía francesa, y hoy con un crimen de lesa patria, será para los Estados Unidos fuente de desgracias y que quizás, quizás llegará á comprometer su propia existencia. El coloso es muy grande y

tiene muchas enfermedades interiores, bajo el brillo resplandeciente con que deslumbra al mundo, para que resista sin conmoverse al choque de intereses y de pasiones que este asunto va á agitar en su seno.

Y, por ahora, guardemos silencio y esperemos los acontecimientos que van á desarrollarse y á decidir de la suerte de la República.

Cartagena, 8 de Noviembre de 1903.

PEDRO VÉLEZ R.

---

### Carta importante

#### SOBRE LA INTERVENCIÓN DE LOS ESTADOS UNIDOS EN LOS SUCEOS DE PANAMÁ

Mr. William Nelson Cromwell, 49, Wall Street—New York

Señor :


A mediados del mes de Julio próximo pasado tuve el gusto de conocer á usted. Debo confesarle, como ya lo he hecho público en varios escritos, que dejó en mí la más agradable y honda impresión por su trato caballeroso y por las relevantes cualidades que le adornan.

Me pareció usted un hombre inteligente, ilustrado, elocuente y probo.

Recordará usted las importantes conferencias que tuvimos; entre otras, la del 20 de Julio, que duró varias horas. En ellas me presentó usted una faz para mí desconocida en las relaciones de su país y el mío, con respecto á la excavación de un canal al través del Istmo de Panamá.

Usted me dijo que en su país había la más amistosa disposición hacia Colombia; que como una hermana mayor, fuerte, rica y poderosa, la Unión Americana tendía la mano á una hermana todavía pequeña y débil, diciéndole :  
"Mi agenda te protegerá contra todas las vicisitudes que"

---



vida y prosperidad; y las dos, hombro contra hombro, vamos á hacer la obra más grandiosa de los siglos y más benéfica para la humanidad.”

Usted me dijo más: usted me dijo que el Gobierno de los Estados Unidos no seguía nunca una política tortuosa; que quizás por una falta de refinamiento, que sólo adquieren las naciones de civilización muy vieja, ustedes no habían desplegado ni desplegaban esa diplomacia hábil y profunda, pero poco sincera en ocasiones, de que pueden jactarse algunos pueblos de Europa; que ustedes eran un pueblo nuevo, quizás rudo á veces en sus relaciones internacionales, pero francos y honrados; que ustedes, es decir, su gobierno, era un gobierno respetuoso de sus compromisos; que la prueba era Cuba, que estando en sus manos la habían educado, y le habían dejado su existencia y su soberanía; que lo mismo harían con los filipinos y las islas del Pacífico; que el Gobierno americano quería ser un caballero entre los Gobiernos; estas palabras son textuales: (“our government wants to be a gentleman amongst the other governments”) y que el día en que hubiera un Gobierno en los Estados Unidos que se separara de esa línea de conducta, el pueblo americano se levantaría como un solo hombre para traer al camino de la honorabilidad y de la rectitud á los hombres desleales que se atrevieran á romper con los antecedentes y los irrevocables deseos de la Nación.

Todo eso me dijo usted, Mr. Cromwell, y muchas otras cosas bellas y nobles. Debo decir aquí que la impresión más honda que yo recibí en mi última visita á la Unión, en el sentido de una inteligencia cordial y franca de mi país con el suyo, fue causada por su verbo elocuente, grandioso y elevado. Recuerde usted que yo le manifesté entusiasmado: “si lo que me dice usted fuera el sentimiento de sus compatriotas, los colombianos les abriríamos las puertas de nuestro país sin reticencias y sin temores; compartir bajo el amparo luminoso de una fraternidad tan cordial, una parte de la soberanía en una faja de nuestro territorio,

no sería para nosotros motivo de alarma ni de ofensa ; pero desgraciadamente su pueblo no piensa como usted ; la prensa americana, que representa la opinión del país, es hostil á Colombia y parece odiarla. Recuerdo que usted me contestó : “ Señor, usted está recogiendo, por desgracia, el amargo fruto de los desaciertos de su Gobierno y de sus representantes.”

Mr. Cromwell : los desaciertos de unos pocos individuos no bastan para cambiar los sentimientos de un pueblo.

El momento ha llegado en que se ha de ver quién de los dos tenía razón.

Ha habido en Panamá un motín popular en apariencia, sostenido por unos pocos centenares de soldados, que han sido comprados con oro americano. Para mayor impunidad, para menor riesgo se inventó una invasión á nuestro territorio, y las tropas leales fueron alejadas de Panamá, para de esa manera dar el golpe más á mansalva. Nuestro Gobierno estaba tan confiado y desprevenido, que sólo á la noticia de la invasión, que se suponía salida de Centro América, se resolvió á enviar tropas al Istmo. El Jefe que las mandaba fue llevado á Panamá en carro especial, y demorando la salida del tren ordinario. Allí fue puesto preso y encarcelado. Las tropas leales que quedaron en Colón debieron seguir ese mismo día á Panamá, y el ferrocarril se negó á transportarlas—el ferrocarril, una empresa americana ;—quedaron sin Jefe y sin dirección, y en un momento de ofuscamiento, fueron reembarcadas ; ofuscamiento tan grande, que el Oficial que las mandaba tomó inconscientemente un puñado de oro que le pusieron á bordo, y que entregó aquí á las autoridades con el asco de quien ha tocado un objeto inmundo. Ese oro era también americano.

Ya es del dominio universal que el oro ha corrido en el Istmo á torrentes : se conoce la lista de los que han recibido galardón, y de la cuantía en que se ha avaluado la importancia de su deslealtad. ¿ De dónde ha salido ese oro, Mr. Cromwell ? ¿ Ha salido de los sótanos de la Tesorería



de Washington? ¿Ha sido de las cajas de la Compañía francesa del Canal, de la que es usted agente y representante en los Estados Unidos? El Istmo estaba pobre, muy pobre, y todos se quejaban allí de la miseria general; y esta misma miseria era la razón más poderosa que alegaban para que Colombia aceptara el Tratado sobre el Canal, cualesquiera que fueran sus condiciones. El Istmo, pues, no ha podido dar oro para comprarse á sí mismo.

No hay persona, ni entidad ninguna, que tenga en este asunto interés de millones, excepto el Gobierno americano y la Compañía francesa. El juicio, pues, queda indeciso entre los dos; pero bien pronto se sabrá cuál de los dos habrá dado al mundo el edificante ejemplo de demostrar que por unos miles de dólares, se encuentran pueblos dispuestos á renegar de su patria; á pisotear la bandera, ante la cual sus antecesores se descubrían con respeto y veneración, y á entregarse, sin garantías y sin reservas, á un amo poderoso, cuya altanería y cuyo desprecio habían sufrido ya muchas veces con rabia y con indignación.

Pero no es esto todo: el movimiento de Panamá no había sido secundado por Colón, ni por Portobelo, ni por Bocas del Toro, ni por David, ni por Penonomé, ni por ninguna otra población importante del Istmo. Mr. Cromwell:—fjese usted bien—la marina americana ha sido la transportadora de las nuevas autoridades, y ha hecho desde el principio la Policía marítima de los puertos del Istmo! Y Colombia confiaba tanto en la lealtad de ese aliado desde 1846, que no tenía en ninguna de esas poblaciones un soldado que levantase siquiera su bandera, como protesta muda ante el inaudito atentado.

Desde 1846 liga á nuestros dos países un Tratado de paz, amistad, comercio y navegación. Copio aquí sus cláusulas pertinentes en inglés, porque en inglés está el ejemplar que tengo á la mano, y que usted tuvo la bondad de darme en Nueva York (1).

---

(1) Hemos creído más conveniente, al hacer esta publicación en el país, dar la versión española del Tratado.